

le juzgaban encarnación del verbo revolucionario en su persona; mientras otros le creían tan perverso como el asesino Marat y mucho más cauteloso é hipócrita. Desde los comienzos de la revolución, enteróse Robespierre de que no podía competir en ciencia con Sieyes, en habilidad con Talleyrand, en elocuencia con Mirabeau, en energía con Danton, en influjo sobre las Cámaras con el elocuentísimo Vergniaud, en dón de gentes con el popular Brissot; y buscó el camino que á su capitolio conducía, por la moralidad y por la virtud, siempre vibrantes en aquellos labios de jesuita y siempre puestas como dos cariátides enormes á sus pies, sosteniendo y prosperando su persona. De aquí dos defectos graves en Robespierre, sobre todo en su oratoria: la continua imputación á los demás de vicios y crímenes horribles, con la continua letanía de loores á sí propio y la perdurable adoración egoísta de su aislada y solitaria persona. Sin grande fulguración de ideas, como la tuviera el gigante de los congresos franceses, Mirabeau, á la continua; sin aquella maza de Hércules, con que trituraba Danton los argumentos de sus enemigos; sin la melodía y el ritmo de los grandes oradores girondinos; difuso, prosaico, queriendo imitar á Rousseau y sin poseer su abundancia, de un aspecto repulsivo y semejante al aspecto de los hijos del gran Loyola, Robespierre decía discursos eternos, de una difusión y de unas amplificaciones insufribles. Sin prestancia oratoria, frío como una estatua, de acento monótono, de voz nasal, de muy escasa espontaneidad, de muy continuo repetir las mismas afirmaciones, quiso antes acreditar su virtud que su elocuencia y se presentó antes con el ministerio de moralista que con el ministerio de político. Así Rebecqui, ofreció á sus gustos ocasión de saciarse con las acusaciones sobre su persona lanzadas. Irónicas gracias le dió por lo dicho, pero debía sentir gratitud en el fondo de su alma, por la coyuntura favorable al gallardeo y al recuerdo de sus virtudes personales. Y después de dar gracias irónicas al delator y repetir insinaciones malevólas contra los girondinos, Robespierre entró de lleno en el material propio de su guerra y evocó toda la historia política y parlamentaria de su persona. Servicios en la provincia, presencia en el Congreso constituyente, discursos consagrados á formar la escuela jacobina, reformas hechas por sus votos reflexivos y conscientes, renuncia de altísimos cargos, disposiciones para que los diputados no fuesen reelegidos y para que los ministros no fuesen diputados, incorruptibilidad completa de su carácter, cierre de sus oídos á toda seducción, implacable negativa opuesta desde sus primeros años á los reclamos y seducciones de la corte, benéfico influjo en la comunidad revolucionaria y en la dictadura municipal, todo esto evocó Robespierre en períodos tan difusos y amplificaciones tan latas, que pedía el auditorio callase pronto y omitiese aquellas letanias de fenicios olvidadas ya por todos, de puro sabidas. Pero este discurso fué como el resumen de la obra comenzada en las sesiones del Congreso constituyente y como el prólogo de la concluida en los pavorosos días del trágico Thermidor. Al oír aquel discurso en que del sincero Danton se prescindía y á los girondinos se atacaba con pala-

bras de proscripción y de muerte, oíase todo el horóscopo de la Convención, el combate á cuantos resistían el predominio de Robespierre y el esfuerzo en éste para subir no solamente á la dictadura, sino también á un máximo pontificado, en que pudiera definir dogma y promulgar religiones. Ahí estaba el verdadero peligro: en la personalidad absorbente de Robespierre, tanto menos despreciable cuanto más solapada é hipócrita. Él y sólo él, tenía la virtud que hace de los medianos grandes, la constancia en el cumplimiento de unos propósitos deliberados, desde su primera juventud y conducentes á convertir su persona en un Luis XIV convencional y republicano. No podía ser el triunvirato, porque no existían en las alturas de la República, tres jefes republicanos capaces de llegar á un acuerdo; no podía llegarse á dictadura militar, porque los generales eran sobradamente sospechosos y el pueblo poseía y usaba una vigilancia continua; no podían predominar y prevalecer los girondinos con arreglo á su número, porque unas veces sacrificaban la realidad á lo ideal, y otras veces lo ideal á la realidad; republicanos en la monarquía, monárquicos en la República; no podía prevalecer Danton, en quien las energías con las dificultades se acrecentaban para caer tras el combate y el triunfo, en una irremediable pereza: el único aproximado al viejo maquiavelismo de las Cortes realistas, continuador de Luis XI en perfidia, y en ambición de Luis XIV; disimulado, doble, falaz, hipócrita, con el gobierno del pueblo y por el gobierno del pueblo, capaz de aspirar á un verdadero pontificado, el único dictador á lo Tiberio, especie de César romano moderado, era ese Robespierre, resuelto á dominar las muchedumbres y á no ejercer ni consentir jamás la libertad.

Tras este frío razonador del Norte, fulgura la pasión meridional en labios del generoso y atolondrado Barbaroux. En el uno la razón fría predominando sobre todas las facultades, en el otro la pasión calurosa, dominando sobre todos los sentimientos. Robespierre es una cifra. Barbaroux es un corazón. Guía primero de los marseleses, ofreció tal jefatura en -u inexperiencia y en su entusiasmo, al redomado tribuno, quien la desdeñó, porque no quería en ningún partido francés inscribirse. Tal desdén hirió á Barbaroux mortalmente, y tal herida le condujo á un colosal combate con el dictador, combate muy espantoso en que debía sucumbir y perecer al fin el cuitado. Entusiasta de la República, pero más entusiasta de su patria todavía, no curó ni alivió nunca, el dolor causado por aquel desdén hacia unas legiones en quienes sus reminiscencias clásicas y su apolina inteligencia análoga con su figura, creían ver de nuevo redivivas las huestes de Maratón y de Platea. Los soldados mártires de Leónidas, los partidarios de Cayo Graco, los secuaces de Brescia, todos los héroes del gran poema de la libertad universal. Y como al proponer la jefatura de los marseleses al frío indiferente Robespierre, hallárase con que uno de los discípulos predilectos del gran jacobino, demandaba para éste la dictadura, Barbaroux nunca olvidó tamaño insulto, cogiendo por los cabellos la ocasión de devolverlo con

creces, á quien él consideraba como enemigo implacable de la libertad y de la patria. Muy aturcido en sus desarreglos nerviosos, muy gárrulo en sus discursos improvisados, muy fantaseador en sus planes y en sus proyectos políticos, muy ardoroso en sus convicciones, temía el retroceso á lo antiguo y deliraba con el puñado de Harmodio sobre su cinto, para impedir toda recaída en el poder absoluto y todo retroceso hacia los tiempos feudales. Así, viendo que no podía recaer sobre los suyos otra mácula que la muy terrible de dividir y desmembrar á Francia, propuso con aquella nativa inclinación á la muerte de todos los oradores clásicos, que se matase de un golpe á quien propusiera la federación frente á la unidad nacional; enamorado de la gente marsellesa, tan popular que había puesto su nombre meridional á un himno de la República compuesto en el Norte, presentábala como seguro inmortal de la libertad, y disponía desde la tribuna la reunión de ochocientos soldados de á pie y quinientos de á caballo, para formar una parte considerable de la guarnición departamental, encargada de mantener á Francia una, íntegra, total, y de salvar la República. Los recuerdos evocados por Barbaroux, su largo apego á las instituciones nuevas, su reciente servicio, su busca fatigosa de un jefe para sus compatriotas en armas, aquel calor de sus pasiones, aquella sinceridad de sus sentimientos, hicieron un minuto girondina toda la convención, quien se puso de pie al concluir de oírle y coronó y premió sus acentos con unánimes y redoblados aplausos. Debemos añadir á este relato del discurso de Barbaroux, una incidencia de cuyo recuerdo no podemos prescindir. porque sin él, sería inexplicable todo el resto de la escena que vamos refiriendo. Después de haber loado el orador provenzal sus propios méritos con aquella ingenuidad candorosa, peculiar de los convencionales, revolvióse furioso contra Marat y llamó á sus artículos inmundos libelos y á su persona y á sus amigos, infames libelistas. Barbaroux había pisado la víbora y la víbora le ingirió en el pie su ponzoña. Las fauces del animal aquel se abrieron, los resoplidos de su ira resonaron, oyéndose casi el estremecimiento de sus asesinos agujijones. Así, pidió Marat la palabra con voz tan cavernosa, que parecía salida de los antiguos subterráneos. El Parlamento vaciló en dársela, siquier le perteneciese de derecho, y Cambón, aprovechándose de las fascinaciones parlamentarias, habló en lugar del maldecido monstruo, y habló, no para preparar y aperebir conjuros contra las dictaduras venideras, para dolerse y lamentarse de las dictaduras presentes, extrañándose mucho de que se persiguiera con exaltada frase, lo mismo que se podía destruir con rápidos actos. Triste cosa para él, buscar los dictadores venideros en las Cámaras y en los clubs, cuando los imperantes sobre toda Francia se hallaban en la Comunidad revolucionaria y en la diputación parisién, factores tan importantes del poder absoluto, tan temido en lontananza cuando pesaba en las espaldas de todos, que se necesitaba una próxima extirpación hecha por los únicos representantes legítimos de Francia, por los convencionales. En aquellos comienzos del régimen parlamentario, la inexperiencia de los

políticos era tan grande, que hablaban de todos los problemas sin orden y sin derecho, cruzándose los votos y los discursos como granizadas de importunidades dañosas. Así, á pesar de la importancia revestida por los conceptos de Cambon, clarísimos contra la dictadura designada por su nombre y por sus fautores, nadie le tomó en cuenta sus ideas, sucediéndole varios oradores en la tribuna sin orden alguno, como si allí no hubiera, ni presidencia, ni reglamento, ni tradición parlamentaria. Así siguió á Cambon, Panis, como pudiera seguirle cualquier orador desconocido, sin consultar otro interés que su propio y personal provecho. Panis amaba con exaltaciones de sectario al gran jacobino, y no pudiendo negar sus votos y sus deseos personales de convertirle con arrojo en dictador, limitóse á sostener que merecía la dictadura por sus virtudes y sus talentos: escandalosísimas frases, amenazadoras al poder de la Convención y al derecho de Francia.

Las escenas del Congreso francés revestían, según ya hemos visto, un ostentoso aspecto teatral. Como no estaban las costumbres parlamentarias bien establecidas, ni el derecho de cada representante bien formulado, los debates corrían la suerte que les deparaba el deseo y el capricho de los diversos contradictorios opinantes. Improvisadas todas las salas de sesión, más semejaban teatro de actores trágicos que oficinas de gentes políticas. Cualquier observador hace resaltar sin esfuerzo la diferencia entre un salón semi-circular latino, análogo con los anfiteatros, y un salón cuadrado inglés, análogo con las oficinas, explicándose por estos caracteres, las sendas raíces del giro y tono que toman las discusiones en pueblos positivos y en pueblos artistas. Se ha dividido la oratoria, en oratoria sentada y oratoria de pie y se ha dividido con razón, porque no puede decirse lo mismo desde una silla, que campea en una cátedra, donde se arrellana el orador para decir sabrosas conferencias, que desde cualquier tribuna parecida de suyo al púlpito de las iglesias y al ara de los Dioses. En la sesión de las acusaciones dirigidas á los montañeses por los girondinos, sobre la triste aspiración de aquellos á la dictadura y al triunvirato, resaltó como nunca el trágico carácter de la Convención. Cuando Cambon señaló al nombrar los comuneros y los diputados parisienses, la figura de Marat, como aspirante al triunvirato, separáronse de su alrededor cuantos en los bancos vecinos se sentaban, dejándole abandonado á estallidos de cólera y á riesgos de muerte. Marat apareció en esta ocasión solemne, como un verdadero actor de una tragedia verdadera, con la befa en las labios, la mirada llena de insinuaciones, los gestos con mezcla de bufón y de predicador, epilépticos los movimientos, ronca la voz, cortado el período con resuellos de fiera, las vestimentas casi rasgadas, el pecho descubierto, tras una camisa sucia, rotos los zapatos, cubierta la cabeza con un pañuelo grasiento, parecía la sesión una pesadilla y el monstruo un verdadero vampiro. No gusta la terrible lechuza sorber el aceite de las lámparas eclesiásticas, cual gustaba Marat de chupar la sangre azul, en las venas de los realistas y de los aristócratas. Y como nunca el oficio de los espías, el oficio de los